

DON JOSE DE LA RIVA-AGÜERO

Por ANTONIO GOMEZ RESTREPO

La improvisada muerte de este ilustre peruano, ha sido para mí ocasión de gran sentimiento. Tuve por él un sincero afecto personal y una profunda admiración por sus eximias dotes de inteligencia y de carácter. Me pasmó, en muchas ocasiones, su erudición inmensa. Era una biblioteca ambulante, como se dijo en España de un humanista colonial, nacido en el Nuevo Reino de Granada.

América suele dar figuras eminentes, que pueden hombrarse con sus similares de las grandes naciones europeas, y a quienes sólo falta, para equipararse con ellas en fama, el haber nacido en uno de esos seculares centros de cultura. Es el caso de Riva-Agüero. Si hubiera nacido en Inglaterra o en Francia, ocuparía un puesto al lado de eminentes eruditos y críticos de estos últimos tiempos. Tuvo, eso sí, reputación continental; y su nombre fue apreciado por hispanistas de naciones extranjeras.

Aun cuando, por ciertos aspectos, Riva-Agüero era un cosmopolita, estaba ligado, por raíces profundas, al suelo natal, y ahondando más, a la antigua España. Su espíritu vivía en el siglo XVII, lo que no le impedía tener también abiertos los ojos sobre el espectáculo de la vida contemporánea. En su aristocrática figura habría sentido muy bien el uniforme de los grandes de España, de los tiempos de la casa de Austria. Descendiente de príncipes; marqués por derecho propio, hubiera sido un sucesor dignísimo del célebre príncipe de Esquilache, que formó una verdadera corte literaria en su palacio virreinal de Lima. Nacido siglos más tarde, fue, por plazo brevísimo, presidente del Consejo de ministros, en un régimen democrático; e hizo dejación de su cargo, por motivos de conciencia, que le honran altamente.

Riva-Agüero fue un grande idealista; y en calidad de tal, consideraba la política, no como un arte práctico, sino como una alta

disciplina del espíritu. Hombres de esta clase, que rinden culto a un ideal permanente, no sometido al vaivén de los intereses de orden práctico, se desengañan pronto de la lucha de los partidos, y hacen una propaganda más eficaz en el campo de las ideas, como la hacía, con celo apostólico, Riva-Agüero, quien había llegado a ser paladín de la filosofía espiritualista y de la tradición católica de su patria. En un discurso célebre, pronunciado en Lima, hizo confesión sincera, con la magnanimidad propia de los grandes espíritus, de los errores filosóficos que habían turbado su entendimiento y declaró, que después de haber vagado por extraviados senderos, había vuelto a la solución católica, única que había podido devolver la serenidad a su pensamiento. El, junto con Víctor Antonio Belaúnde, iniciaron en el Perú un activo movimiento religioso, de trascendental importancia.

Entre las variadas notas que caracterizan la personalidad de Riva-Agüero sobresale la que lo acredita como historiador, en el amplio sentido del término, que une al erudito con el artista, al investigador sólido y profundo con el narrador elegante y vigoroso; que anima la masa informe de los documentos, con la emoción de la vida.

Riva-Agüero había nacido para historiador. A ese campo lo llevaban sus aficiones eruditas, su culto de la tradición, su devoción por los anales de su raza. El libro juvenil *La historia en el Perú*; la preciosa monografía sobre el inca Garcilaso de la Vega, lo colocaron en el primer plano entre los cultivadores de este género. Probablemente, él hubiera querido trazar un inmenso cuadro de toda la historia del Perú, que fuera el resumen de sus vastas investigaciones. La vida le falló cuando apenas tocaba los umbrales de la vejez. ¡Qué pocos alcanzan a realizar toda la obra con que han soñado! Pero bastan sus dos volúmenes de estudios y de discursos y su última obra sobre la poesía francesa del siglo XVI, para apreciar la fuerte personalidad de Riva-Agüero. Sus conferencias sobre Ricardo Palma y sobre Lope de Vega son modelos de elocuencia académica, obra de erudición asombrosa y de alta emoción estética.

Pero si en Riva-Agüero el sabio valía mucho, no le iba en zaga el gran señor, irreprochable en sus maneras, sencillo en su trato, sincero en sus afectos. Guardo el más grato recuerdo de las relaciones que con él mantuve durante mi permanencia en Roma. Hacíamos frecuentes visitas a las basílicas y viejas iglesias de la Ciudad Eter-

na y me admiraba su extraordinaria información, que hacía inútil el uso de las Guías. Hice con él una deliciosa excursión al sitio donde se cree que estuvo la casa de Horacio, cuya traza se puede adivinar entre las ruinas.

Nunca imaginé que me precedería en el eterno viaje. Pido al cielo por el descanso del varón cristiano, que fue una gran figura de la raza hispánica, y consagro en estas breves líneas un sentido recuerdo a su memoria.

Antonio Gómez Restrepo

ANA DE NOAILLES, MILAGRO DE LA POESIA

POR HERNANDO TELLEZ

La poesía de Ana de Noailles, presente con idéntica fuerza subyugadora en su prosa y en sus maravillosos versos, está un poco y, desde luego, injustamente olvidada en hispanoamérica. La renovación poética contemporánea en lengua española arranca, evidentemente, del centenario de Góngora, y va expresada en la obra breve y admirable de algunos poetas de la Península, que ya no son jóvenes, cronológicamente hablando, pero cuyo inicial ímpetu lírico desbordó hacia América con generosidad y eficacia indiscutibles.

Pero con anterioridad al fenómeno español operado en la poesía gracias al advenimiento de Federico García Lorca, de Rafael Alberti, de Pedro Salinas, y contemporáneamente con el ejercicio poético de Antonio Machado y de Juan Ramón Jiménez, ¿qué ocurría en la poesía francesa? Muchas y espléndidas cosas. Entre ellas, el dulce y apasionado milagro poético de la Condesa de Noailles. Con esta hermana lírica de Safo, despunta en el primer cuarto de siglo, un nuevo amanecer romántico, el cual, con mayor precisión crítica, podría llamarse, el neoclacisismo romántico, sin que la clasificación envuelva en sí misma ningún antagonismo irrevocable.

En efecto, en Ana de Noailles se resuelve la querrela finisecular entre parnasianos y simbolistas. Regnier, Heredia y Mallarmé, quedan, cada cual a su medida, y en la exacta jerarquía de su importancia. El arte de todos ellos sufre esa espléndida congelación histórica, que es el primer síntoma de la estabilidad, de la permanencia estética. Se produce en los primeros diez años del siglo, un retorno a ciertas formas clásicas, un ágil salto hacia atrás, hacia las puras fuentes originales, greco-latinas, del canto. A la forma va insuflado un contenido verbal, sorprendente por su gracia elusiva y precisa al mismo, por ese quiebre aparente o real de la lógica en la metáfora, que diez o quince años más tarde, surgirá en la para en-